

0135-66960

F1232

R75



FONDO  
PEREZ MALDONADO



## PROLOGO

---

Desde que se resolvió por el Gobierno celebrar el Centenario de nuestra Independencia, el Editor que subscribe se formó el propósito de publicar algunos tomos dedicados á tratar de la guerra de insurrección, pues pensó que la mejor manera de conmemorar suceso tan grandioso, era honrar la memoria de los que en ella figuraron, ora llevando á cabo hazañas admirables que deben perpetuarse, ora sacrificando sus vidas en aras de la libertad y de la patria.

En efecto, nada más justo que sacar del olvido, y presentar á los ojos de la actual generación, que los ignora ó los ha olvidado, los nombres de muchos héroes y caudillos que se distinguieron y per-cieron en aquella guerra, y ofrecerle los relatos de sus vidas y hechos gloriosos, para que así aprenda el pueblo á estimar sus sacrificios y bendecir su memoria.

Para lograr este fin, y constando al Editor que algunos de nuestros literatos y poetas del siglo pasado, se habían ya anticipado en esa obra patriótica y por mil títulos plausible, comenzó á reunir el material necesario para formar tres series de libros, que además del objeto que ha indicado, podrían contribuir á despertar y au-

mentar el entusiasmo con que deberá celebrarse el Centenario. Esas tres series son:

I.—Romancero de la guerra de Independencia.

II.—Relatos de episodios de la guerra de insurrección.

III.—Biografías de los héroes y caudillos de esa misma guerra.

Para formar el primero, el Editor contó desde luego con los romances que, por iniciativa de los Redactores de *El Domingo*, escribieron algunos poetas el año de 1873 y siguientes, que se publicaron en ese periódico literario, en *El Federalista*, y en algunos otros. Entre ellos deben citarse los de Riva Palacio, Acuña, Rosas Moreno, Peón Contreras, Ramón Valle, Baz, Sosa, Olaguíbel, Nájera, Zárate, Gómez Vergara, etc.

Buscando más atrás, se encontró en semanarios de hace sesenta y seis y cincuenta y ocho años, otros romances, que, aunque de escaso mérito literario, tienen la particularidad de haber sido los primeros que se escribieron sobre asuntos de la guerra de independencia.

A este número pertenecen los del poeta veracruzano José de Jesús Díaz (1844) y del poeta tapatio, Pablo J. Villaseñor (1851).

En seguida, el Editor, con el permiso debido, escogió, para aumentar y enriquecer la colección, algunos de los romances de Guillermo Prieto que figuran en el tomo publicado por éste el año de 1885.

Por último, habiendo aprobado y aplaudido la idea de publicar este Romancero, algunos de nuestros poetas contemporáneos, éstos bondadosamente ofrecieron al Editor escribir algunos más, con los cuales ha podido completarse tan importante y valiosa colección.

Para los "Relatos de episodios de la guerra de independencia," se ha contado con un material riquísimo y variado, esparcido en multitud de periódicos antiguos; y se han escogido los artículos de escritores de mediados del siglo pasado, porque ellos conservan todavía el calor y el tinte vivo que les comunicaron la proximidad de los sucesos, la tradición oral recogida de labios de testigos presenciales, y la fe y el entusiasmo de los que tuvieron por nuestros héroes mayor admiración y devoción tal vez que nosotros. En esto queremos referirnos á los relatos escritos por Payno, Prieto, Revilla, Otero, Altamirano, Riva Palacio, etc.

Por último, la colección de Biografías de Caudillos y Héroes de la Independencia, ha sido enteramente rehecha por el inteligente historiógrafo Lic. D. Alejandro Villaseñor y Villaseñor, cuya reputación de diligente, sensato é imparcial está bien asegurada. En ella figuran no solo las vidas de personajes que andan en boca de todos, (desgraciadamente con errores que no han podido desterrarse,) sino las de muchos héroes ignorados, olvidados ó preteridos, á quienes no se les ha citado jamás, ni menos se les ha hecho la justicia que merecen.

Con la publicación de estos libros, cuyo interés histórico nadie se atreverá á negar, el Editor cree que podría despertarse y avivarse en el pueblo mexicano, el amor á los que se sacrificaron por darnos patria, libertad é independencia, y que ello sería el mejor homenaje que pudiera dedicarse á su memoria, en medio de los festejos que se preparan para celebrar el Centenario—¡Que esa sea la parte de los festejos, que corresponda á los que sellaron con

su sangre y con su muerte la gran obra de nuestra emancipación política!.....

Ya que muchos de ellos no tienen estatuas, ni viven en la memoria de sus pósteros, ¡que estos libros sirvan para perpetuar sus nombres, entre aquellos, por lo menos, que los lean, y conozcan así todo lo que les debemos!.....

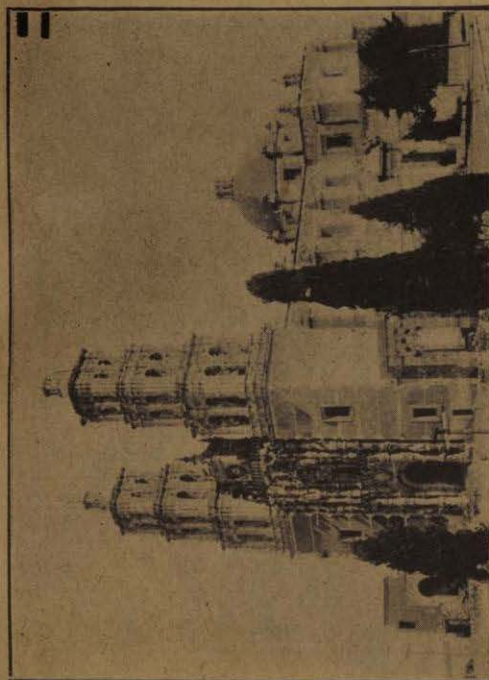
V. A.



## EL GRITO DE DOLORES

Su manto sobre la tierra  
 Tiene extendido la noche  
 Y duermen todos tranquilos  
 En el pueblo de Dolores.  
 Allende y Aldama, en tanto  
 Que otros descansan, disponen  
 Del gran Hidalgo ir en busca,  
 Para que no se malogren  
 Los planes que han concebido  
 De alzar guerreros pendones.  
 De Querétaro ha llegado  
 Nota á los conspiradores,  
 De que el plan se ha descubierto  
 Por los fieros españoles.  
 El buen anciano dormía  
 Cuando á su puerta oyó golpes,  
 E imaginando un suceso,  
 En su lecho incorporóse.  
 Allende y Aldama llegan  
 Ante el noble sacerdote,  
 Y le dicen con acento  
 Que revela sus temores:  
 —La fuga sólo nos resta,  
 Señor cura... descubrióse  
 La conspiración; podemos  
 Salvarnos de las prisiones,

Y aún acaso de la muerte  
 Que en sus instintos feroces  
 El español nos daría,  
 Y nuestros planes entonces.....  
 Por la frente del anciano  
 Que escuchaba aquellas voces,  
 Cruzaron mil pensamientos  
 Heróicos, dignos y nobles.  
 Parecía que escuchaba  
 De México los clamores,  
 Y el ruido de sus cadenas,  
 Y del amo los azotes.  
 Miraba á los extranjeros  
 Humillar al indio pobre,  
 Y las hogueras miraba  
 de crueles inquisidores.  
 Miró al rico encomendado  
 Entre luces y artesones,  
 En tanto que su miseria  
 Lloraba el pueblo. "No llores"  
 Entre sí le dijo Hidalgo;  
 Y á sus tiranos: "no gocen."  
 Rasgó el porvenir los velos  
 Con que sus glorias esconde,  
 Y ante la vista de Hidalgo,  
 Entre vivos resplandores,  
 Estaba México libre  
 A la faz de las naciones.  
 —Señor, le repite Allende  
 Al ver que callaba; tome  
 Una senda y marcharemos,  
 Y que no nos aprisionen.  
 —Callad, le dice el anciano  
 Que aquellas palabras oye;  
 Por libertar á la patria,  
 ¿Cuál de sus hijos no expone  
 Su sangre, su vida misma?  
 Corred, subid á la torre,  
 Y que toquen las campanas



Parroquia de Dolores

A misa; así se convoque  
 A todos mis feligreses,  
 Y hoy en soldados se tornean.  
 Antes que huir de la oscura  
 Soledad de las prisiones,  
 Hagamos libre á la patria;  
 Animo, pues, ¡á la torre!"

\* \* \*

Del astro hermoso del día  
 Los primeros resplandores  
 No brillaban en Oriente,  
 Ni cantaban en los robles  
 Su amor a las rosas bellas  
 Los peregrinos zenzontles,  
 Y estaban los feligreses  
 Ya en el templo de Dolores;  
 Que al llamarles la campana,  
 De Dios escuchan las voces,  
 Y también la de su Cura,  
 A quien por padre conocen.  
 Hidalgo se les presenta  
 Erguida la frente noble,  
 Reflejando en la mirada  
 Puro, indefinible goce.  
 "Sabed, les dice, hijos míos,  
 Que si el cielo nos socorre,  
 La libertad á la patria  
 Vamos á dar; los albores  
 Del diez y seis de Septiembre  
 Brillarán cuando los hombres  
 Que en nuestro pecho sentimos  
 Que sangre de libres corre,  
 Habremos todos jurado  
 De tiranos españoles  
 Hacer á la patria libre  
 A la faz de todo el orbe.  
 Y ya no habrá encomenderos,

Ricos, marqueses y condes,  
 Humillando á los que han sido  
 De esta tierra los señores.  
 Iremos á las ciudades  
 Y cruzaremos los bosques,  
 Llevando por donde quiera  
 De la patria los pendones.  
 Hijos míos, en este suelo  
 Que para siempre se borre  
 Del esclavo el nombre odioso,  
 Y de libre lleve el nombre.  
 Y no harán al mexicano  
 Que distinta senda tome,  
 Ni el temor de los cadalsos  
 Ni el fragor de los cañones.”  
 Al escuchar las palabras  
 De su pastor, levantóse  
 Entre la grey libre grito  
 Que repitieron los montes.

\* \* \*

¡Bendita aurora risueña!  
 ¿Do está tu fulgor? ¿en dónde?  
 ¿Por qué tarda y no ilumina  
 A los héroes de Dolores?  
 El santo amor de la patria  
 Abrigan sus corazones,  
 Y durará más su gloria  
 Que los mármoles y bronces.

FRANCISCO SOSA.



## ATOTONILCO (\*)

La muchedumbre insurgente  
 Alegre va caminando,  
 Y al llegar á Atotonilco  
 Allende les marca el alto.  
 El Cura entonces murmura,  
 Pensativo y cabizbajo:

(\*) El hecho á que se refiere este romance, tiene una gran importancia en la historia de nuestra independencia; todo en su proclamación fué obra de la inspiración y del momento. Hidalgo indudablemente era un hombre superior que comprendía la gran distancia que había entre él y las masas de entonces y que sabía perfectamente que la sola voz de independencia, aunque expresaba un anhelo de todas las clases sociales, no era bastante para levantar aquel ejército numeroso y desordenado que opuso en los primeros días á las tropas españolas; quiso excitar los móviles más poderosos de aquellas turbas, y se valió de la religión y del deseo de venganza que, como comprimido volcán, rugía desde mucho tiempo atrás entre la población criolla. Semejante conducta, vistas las circunstancias en que se proclamó la independencia, demostraba un gran tacto político y una inteligencia

"Ante la fuerza, el valor,  
 La religión al engaño;"  
 Y mira la muchedumbre  
 Que se adelanta, el anciano,  
 Y que sus dos compañeros  
 Penetran en el Santuario.  
 Quedan todos en silencio;  
 Mas después de breve rato,  
 Majestuoso ante la turba  
 Aparece el cura Hidalgo,  
 Y á la sorprendida gente  
 Dice, al presentar el cuadro  
 De la Virgen Guadalupe  
 En una lanza clavado:  
 "Hijos los que habéis ya roto  
 Las cadenas del esclavo,  
 Esta nuestra enseña sea,  
 Nuestro estandarte sagrado,  
 Y de victoria en victoria  
 Llevadlo siempre, llevadlo.  
 Luchamos por la justicia

superior; era la única que podía salvar la libertad en aquellos momentos de delación y defecciones. Con semejante idea principió Hidalgo por invocar á la religión al instante de llamar á sus teligreses á la más santa de las luchas; pero su estrella quiso que al día siguiente pasase por el Santuario de Atotonilco, y que en presencia de una imagen de la Virgen de Guadalupe, le viniese una idea fecunda en resultados prácticos. Aquella imagen representaba, por decirlo así, la nacionalidad mexicana: era una virgen indígena, era un enviado directo de Dios á los descendientes de los vencidos y que no recordaba ninguna escena de sangre ni de martirio; Hidalgo comprendió, y con razón, que convertir á la imagen de la Virgen de Guadalupe en símbolo de su causa, era tanto como oponer al poder español de tres siglos, tres siglos también de lágrimas, de preces, de esperan-

Y de Dios bajo el amparo,  
 ¿Y quién á Dios y á lo justo  
 Puede oponerse insensato?  
 El derecho es nuestra causa,  
 Nuestro valor es sobrado,  
 Y el derecho y el valor  
 Siempre el triunfo conquistaron....  
 En nombre del Sér Supremo,  
 Yo os bendigo, mexicanos."  
 Gritos mil en ese instante  
 Interrumpen al anciano,  
 Y se conmueven los pechos,  
 Y á todos embarga el llanto,  
 Y en medio de la algazara  
 Se va la turba gritando:  
 "¡Que viva la independendencia,  
 Y que mueran los tiranos!"  
 Y siguen por su camino  
 Llenos de fe y de entusiasmo.

RODOLFO TALAVERA.

zas; equíválfa á convertir á toda la población indígena en un solo combatiente.

Algunos suponen que la noche misma del 16 de Septiembre, Hidalgo lanzó el grito de ¡viva la Virgen de Guadalupe!; esto no es exacto: esta imagen no fué el lábaro de los primeros insurgentes, sino después de que pasaron frente al Santuario de Atotonilco. Nosotros poseemos un diseño de la primera bandera de Hidalgo en Dolores, que tuvo la forma de un estandarte que fué hecho con uno de los palios de la Parroquia, y sobre la cual se puso un escudo, muy parecido al adoptado después de la independendencia y que era de papel negro recortado. El diseño original de esta primer bandera de México existe en poder del hijo del denodado insurgente Víctor Rogales.

GUSTAVO BAZ.



## PIPILA

---

Bañaba el sol las montañas  
Que á Guanajuato circundan,  
Y cual celosos guardianes  
A protegerla se agrupan,  
En una de esas mañanas  
Hermosas, que no se anublan  
Y están envueltas en brisas  
Que murmurantes arrullan.  
Era el mes en que en la Patria  
Brilló ¡libertad augusta!  
Tu luz bienhechora y clara  
Que nuestro horizonte alumbra;  
El mes en que un pueblo humilde  
Destrozando su coyunda,  
Al grito de ¡libre sea!  
Su independencia procura;  
Que ya cansado su pecho  
Por rigores que le abruman,  
Estalló contra el tirano  
Que aquella humildad apura.

\* \* \*

Sobre el alto Granaditas  
Se mira de espanto muda,  
A la gente que al tirano

Defiende torpe y adula;  
De Granaditas que viera  
Convertidos, como runca,  
Sus muros en fortaleza,  
Contra la razón más pura...  
Por la ciudad conmovida  
De gozo el clamor se escucha;  
Y de libertad el nombre  
Que á los tiranos asusta,  
De cada labio se escapa,  
Y al repetirlo una á una  
Las montañas, llama al cielo  
Pidiéndole á Dios ayuda.

\* \* \*

Entre millares de bravos  
Que van á emprender la lucha  
Contra el recinto que guarda  
A la esclavitud impura,  
Se levanta venerable  
Y grande, como ninguna,  
De aquél que nos diera patria,  
La santa, inmortal figura.  
Al verla, el terror acrece  
De aquella vendida turba,  
Que hace fuego sobre el héroe  
Que tanta insolencia burla,  
Ofreciendo bondadoso  
El perdón y la fortuna  
De ser libre á aquella gente  
Que á la esclavitud escuda,  
La que, en su orgullo altanero,  
Despreciando la conducta  
Noble, del que paz le brinda,  
No atiende á razón alguna.

\* \* \*

Después de un tenaz combate,  
Que tres horas ó más dura,



De la gente salvadora,  
 Contra la española chusma,  
 Hidalgo, digno caudillo  
 Que el bien de su pueblo jura  
 Para salvarle, prudente  
 Le retira de la lucha;  
 Y estudiando la manera  
 Más eficaz y oportuna  
 De penetrar en el fuerte  
 Sin que su tropa sucumba,  
 Ordena que, de herramientas  
 Al punto se vaya en busca,  
 Y se derribe la puerta  
 De fortaleza tan ruda.  
 Entonces brota divino  
 Cual sol que rompe la bruma,  
 Dé entre un grupo de valientes  
 Que tanto honor se disputan,  
 Un niño, que no era un hombre,  
 De dominante figura,  
 Llamado Pipila el bravo  
 Entre los suyos por burla;  
 El que, acercándose á Hidalgo,  
 Le dice, con voz segura:  
 "Padre, en el nombre del cielo  
 Y por el sol que me alumbra,  
 Juró que solo y sin fierros  
 La puerta abriré sin duda."  
 Y arrancando una gran losa  
 Con que la espalda se escuda,  
 Se precipita á la puerta  
 Bajo una terrible lluvia  
 De proyectiles, que estallan  
 Cada uno abriendo una tumba.

\* \* \*

Pasado un amargo instante  
 De pena la más profunda,  
 La puerta de Granaditas



Pipila incendia la puerta de Granaditas.

De la Colección de Postales de Baznego y Cía.

Ardiendo, al fin se derrumba.  
Sobre ella pasan sin miedo  
Los libres, que luego triunfan  
Y desplegan su bandera  
Sobre la orgullosa altura.

.....  
En tanto Pípila el bravo  
Después que su obra consuma,  
Alzándose victorioso  
A sus hermanos saluda.

FRANCISCO A. LERDO.



## CHARO

---

De Charo en el caserío,  
En los campos y las selvas,  
En las cabañas y chozas,  
Y en la esmaltada pradera,  
Los habitantes sencillos  
De entusiasmo el alma llena,  
Al sonar de los repiques,  
De vivas que el aire pueblan,  
De pífanos y tambores,  
Como el pensamiento vuelan  
A saludar al caudillo  
De la Santa Independencia.  
Los fructíferos sembrados  
Así entusiasmados dejan,  
Llevando espadas y picas  
En vez de arados y rejas,  
Para volar al combate  
Por la sacrosanta idea.  
El sacerdote, el anciano  
De la cana cabellera,  
El que encendió allá en Dolores  
Noble y redentora tea  
Que en el amor á la patria  
Los corazones incendia,  
Llena el alma de esperanza  
Con noble orgullo, contempla

Sus legiones de patriotas  
Dispuestos á la pelea,  
Legiones de campesinos  
Con armas heterogéneas,  
De hombres que por sólo escudo  
Llevan la fe en su defensa,  
Que en el campo de batalla  
Ni retroceden ni tiemblan,  
Y que al morir es su grito  
Un ¡viva la Independencia!

\* \* \*

Hidalgo y el gran Allende,  
Sentados ante una mesa  
En hospitalaria choza,  
Del porvenir en la niebla  
A México libre y grande  
En lontananza contemplan,  
Tras de lagunas de sangre,  
Tras años de cruda guerra,  
Tras de matanza y de luto,  
De destrucción y contienda,  
Para nuestra esclava patria  
Sumida en llanto y en pena.  
Mas no importa que la sangre  
Riegue en torrentes la selva,  
Ni que lágrimas amargas  
Ablanden duras cadenas,  
Si viene tras la neblina  
Más oscura y más espesa,  
El sol de la libertad  
Que á México regenera;  
Si tras la enlutada noche  
De tres centurias eternas,  
Viene la aurora que rompe  
Con su fuego y sus centellas  
De dura opresión el fierro  
Que polvo entre el polvo rueda;

Si en vez de la esclavitud,  
 De ayes y de amargas quejas  
 Se oyen cánticos de gloria,  
 Se escuchan himnos de guerra.  
 Interrumpe de repente  
 El curso de sus ideas  
 Y sus palabras de fuego,  
 Un hombre que hasta ellos llega:  
 Del sacerdote cristiano  
 Envuelto en sotana negra,  
 De tez brillante y cobriza  
 Como el gladiador azteca,  
 De ancha espalda, cuerpo altivo  
 Y ojos negros que chispean;  
 Corona negro azabache  
 Su frente audaz y morena,  
 Mirada de águila altiva  
 En sus ojos centellea,  
 De sus gruesos labios pende  
 Palabra breve y severa,  
 Que nunca dificultades  
 Al brotar de ellas encuentra.  
 —Dios os guarde, mi maestro,  
 Dice, y á Hidalgo se acerca.  
 El Héroe sus ojos clava  
 Sobre su frente serena,  
 Y tendiéndole los brazos,  
 Contra su seno le estrecha.  
 —¿A qué has venido, hijo mío?  
 Pregunta con faz risueña.  
 Y levantándose altivo  
 Como si un fuego sintiera,  
 Dentro del alma sagrado,  
 Así Morelos contesta:  
 —En una oleada de fuego  
 Hasta Carácuaro llega  
 Vuestro grito en vibraciones,  
 Vuestra partida violenta;  
 Y yo, que muerto vivía,  
 Oí esa voz que despierta,

Sentí bullir en mi alma  
 También una cosa nueva  
 Que me hizo volar, dejando,  
 Mi curato y mis ovejas:  
 Sólo escuché de la patria  
 Esa tristesísima queja  
 En que pide que rompamos  
 Sus grillos de prisionera;  
 Y he venido á vos, que soís  
 El que nombró en su defensa,  
 Para ofreceros mi sangre,  
 Si puede aliviar su pena.”  
 Conmovidos y gozosos  
 Los dos héroes le contemplan,  
 Y en sus palabras vislumbran  
 Toda una hermosa epopeya,  
 Que el fuego del patriotismo  
 Sobre su frente flamea,  
 Y en su inspirado lenguaje,  
 Y en su apostura resuelta  
 Y en su ademán adivinan  
 Al genio para la guerra.  
 Ambos al concluir, llorando  
 Entre sus brazos le estrechan.  
 —Seréis grande, dice Allende,  
 Y le admira y le respeta;  
 E Hidalgo exclama: “¡Hijo mío,  
 Por siempre bendito seas!  
 Vuelve á tu pueblo y levanta  
 Todas las tropas que puedas,  
 Y á las comarcas del Sur  
 Lleva la santa bandera;  
 Ve á Cuautla, allí está tu gloria;  
 Después á Acapulco vuela,  
 A donde quiera sembrando  
 El germen de nuestra idea.  
 No desmaye tu hidalguía  
 Ante ninguna barrera,  
 Que el mundo entero te admira,  
 Y de tí la patria espera

Su redención y ventura,  
 La fusión de sus cadenas;  
 Y por tu acción generosa  
 Que México libre sea,  
 Que la libertad te guíe,  
 Que Dios te ayude en la empresa".

\* \* \*

Ya el sol con rojiza lumbre  
 Traspone montes y selvas,  
 Y sus rayos moribundos  
 Tan escasa luz destellan,  
 Que los árboles se visten  
 De sombras en la pradera,  
 Y están oscuros los bosques,  
 Y aparecen las estrellas  
 Brotando tras los celajes  
 En un cielo que azulea.  
 De Charo entre la campiña,  
 Sobre amarillosa senda,  
 Se ve flotar una sombra  
 Que á breve paso se aleja;  
 Es un hombre sin más bienes  
 Que el mundo de sus ideas,  
 Su pensamiento, su alma  
 Y el corcel negro en que vuela,  
 En pos de inmortal corona,  
 Sin elementos de guerra  
 Sin armas y sin bagajes,  
 Sin soldados y sin tiendas  
 Para la terrible lucha,  
 Y sin más en su defensa  
 Que el santo amor á la patria  
 Y una fe constante y ciega.  
 Vuela, y el viento acaricia  
 Aquella frente que quema;  
 Y á cada uno de sus pasos  
 Sobre la movable arena,  
 Y al fuego de sus miradas,

Y al relinchar de su yegua,  
 Las montañas se estremecen,  
 Los vientos murmuran guerra,  
 El cielo se pone rojo,  
 Los cadalsos se doblegan,  
 Y en su trono que vacila  
 Cobarde el tirano tiembla  
 Y el angel de la victoria  
 Sus blancas alas despliega,  
 Para seguir de Morelos  
 La brillantísima estela.

RAMON RODRIGUEZ RIVERA.



## LA BATALLA DE ZACOALCO.

(NOVIEMBRE DE 1810.)

La confusión y el espanto  
Reinan en Guadalajara,  
Desque proclamó en Dolores  
La libertad de la patria  
El anciano cura Hidalgo  
Contra el dominio de España.  
Presidente de la audiencia  
Era Recacho, y con ansia  
Un Batallón provincial  
Que se arme al momento manda.  
En un brevisimo tiempo,  
Dos compañías bizarras  
De los ricos comerciantes  
Y jóvenes que en las aulas  
Sus estudios proseguían,  
De orden suya se levantan;  
Y en la Catedral la voz  
De la sonora campana,  
En son pausado y solemne  
A hacer ejercicio llama  
A los clérigos y frailes  
Y á la gente timorata,  
Que al mando del buen Obispo,  
Y con intenciones santas,  
A acuchillar insurgentes  
Indignados se preparan,

Formando un lucido cuerpo  
Que llamaron La Cruzada.  
—“¡Que vengan los insurgentes!  
Tan bravos guerreros claman—  
Que al ardor de nuestro pecho  
Y al herir de nuestra lanza  
Quedarán todos destruidos,  
Cual la tímida manada  
De ovejas, que del león  
Provoca la fiera saña.”

En tanto, triste noticia  
Llena la ciudad de alarma,  
Y es que José Antonio Torres,  
Caudillo de excelsa fama,  
Con sus numerosas huestes  
Dizque ha emprendido la marcha  
Hacia el dilatado valle  
Que de Atemajac se llama,  
Y en el cual tiene su asiento  
La altiva Guadalajara.  
El Batallón Provincial  
Se pone sobre las armas;  
Y aquellas dos compañías,  
Que forman la flor y nata  
Del comercio y de los jóvenes  
De alcurnia más elevada,  
Se juntan en tren de guerra  
Y al combate se preparan.  
Solamente Su Ilustrísima  
Y demás gente eclesiástica,  
Que al ejercicio salía  
Llamada á son de campana,  
Diligentes se ocultaron  
En el rincón de su casa,  
A pedir á Dios la muerte  
De las insurgentes bandas.

\* \* \*

De Torres el atrevido  
Vienen las huestes bizarras,

Al pie de la altiva sierra,  
 Por las extendidas playas.  
 El valor y el ardimiento  
 En los rostros se retratan  
 De la multitud guerrera  
 Que alegre al combate marcha.  
 Por las playas hormiguean  
 Las tropas diseminadas,  
 Y alegres cantos entonan  
 Que el eco de las montañas  
 Trueca en el grito de muerte  
 Para el español que avanza.  
 ¡Qué alegre va el insurgente  
 Antonio Torres! ¡Qué gala  
 Y donosura las suyas!  
 ¡Con qué donaire cabalga  
 Sobre su negro caballo  
 Que impaciente el freno tasca!  
 Del cerro del Tecolote  
 A la enmarañada falda  
 Llegan por fin los guerreros,  
 Que no tienen por más armas  
 Que unos viejos arcabuces  
 Y hondas pedreras de malla.  
 Torres manda allí hacer alto,  
 Y las indígenas bandas,  
 Entre el bosque de huizaches  
 Que flores mil embalsaman,  
 En un instante se pierden,  
 Y grande silencio guardan.  
 Al frente del campamento  
 Y á una muy corta distancia,  
 Entre la obscura arboleda.  
 Se ven las paredes blancas  
 De Zacoalco y sus alturas,  
 Por la gente coronadas,  
 Que pide á Dios que proteja  
 A las insurgentes armas.

\* \* \*

Ya las playas de Zacoalco  
 Pisa con serena planta  
 El ejército realista (\*)  
 Que á muerte segura marcha;  
 Y al verle el valiente Torres,  
 Con sus guerreros se lanza  
 Sobre él, y un rudo combate  
 Entre ambas huestes se trava.  
 A los tiros españoles  
 La sangre insurgente mancha  
 La seca arena, y las hondas  
 Por los indios agitadas  
 Producen roncós silbidos  
 Y á miles las piedras mandan,  
 Que la luz del sol ocultan  
 En nube negra y compacta.  
 Bien pronto los españoles  
 Miran sus tropas cercadas  
 por los bravos insurgentes,  
 Que en círculo extenso avanzan  
 Al grito de "Independencia"  
 Estrechando las distancias;  
 Y entonces Villaseñor  
 A sus voluntarios manda  
 Que para lograr sus tiros,  
 Una pirámide humana (\*\*)

(\*) Este ejército se componía de quinientos hombres, al mando de Don Tomás Ignacio Villaseñor, y de su segundo, Don Salvador Batres. Uno y otro carecían de conocimientos militares.

(\*\*) La noticia de esta famosa pirámide me ha sido dada por un testigo presencial que se halló en la batalla á las órdenes de Torres. Al ver los indios que eran cazados desde aquella altura por los realistas, se arrojaron sobre ella y derribaron la pirámide, matando á los que servían de base, y

Formen y puedan así  
 Combatir con más ventaja;  
 Pero Torres, que lo advierte,  
 Con voz poderosa clama:  
 —“¡Que mueran los gachupines!”  
 Y las indígenas bandas  
 Al enemigo se arrojan  
 Y espléndido triunfo alcanzan.  
 Sus dos jefes prisioneros  
 Quedaron, y Torres marcha  
 Con sus tropas vencedoras  
 Y ocupa Guadalajara.

\* \* \*

Hoy señalan todavía  
 El sitio de la batalla,  
 Dos cercadillos de piedra,  
 Que las osamentas blancas  
 De aquellos bravos guerreros  
 Dentro su recinto guardan,  
 Bañadas de la laguna  
 Por las rumorosas aguas.

JOAQUIN GOMEZ VERGARA.

---

en la confusión y el desorden que produjo la caída, dieron muerte á todo el ejército realista, sirviéndose de las armas de éste como de mazas, y matando á golpes á aquella juventud inexperta.



## EL GIRO

### I.

Medio oculta entre la selva  
 Como un nido entre las ramas,  
 Y medio hundida en el fondo  
 Tranquilo de una cañada,  
 Allá por aquellos tiempos  
 Hubo en Landín (\*) una casa  
 Que no por ser tan sencilla  
 Ni de una fecha tan larga,  
 Era menos pintoresca  
 Ni tampoco menos blanca.  
 Sombreada su puerta un olmo  
 De hojosas y verdes ramas,  
 Punto de cita de todas  
 Las aves de las montañas;  
 Y en uno de sus costados,  
 Brotando límpida y clara,  
 Saltaba entre los terrones  
 Y entre las yerbas el agua.  
 De noche siempre tranquila  
 Y eternamente callada,

---

(\*) Estado de Guanajuato, entre Santa Cruz y Chamacuero.



Apenas el sol naciente  
 Filtraba por sus ventanas,  
 Cuando estremeciendo el aire  
 Sonaban dulces y claras,  
 La voz de una cuna, hablando  
 De cuanto los niños hablan;  
 La voz de una madre, rica  
 De sentimientos y de alma,  
 Y la voz de un hombre que era  
 La eterna voz de la patria,  
 Soñando ya con sus glorias  
 Y ya con sus esperanzas.  
 Tez cobriza como aquellos  
 Primeros hijos de Anáhuac,  
 Que tantas veces hicieron  
 Temblar de miedo á la España,  
 Cuando la España atrevida  
 Midió con ellos sus armas;  
 Fuerte y ágil como todos  
 Los hijos de las montañas;  
 Como un labriego, robusto;  
 Como un patriota, entusiasta;  
 Como un valiente, atrevido,  
 Y como un joven, todo alma.  
 El hombre de aquellas selvas,  
 El hombre de aquella casa,  
 Era el eterno modelo  
 D'esas figuras sagradas,  
 Que en el altar de los siglos  
 Hacen un dios de una estatua.  
 Veinticinco años apenas  
 Por ese tiempo contaba,  
 Y de sus nobles heridas  
 La suma aún era más larga;  
 Que no hubo por el Bajío  
 Ningún combate ni hazaña  
 Donde su ardor no estuviera,  
 Donde faltara su lanza,  
 Ni donde al grito de muerte

Sus huellas no señalara  
 Con el licor de sus venas  
 O el de las venas extrañas,  
 Y allí tranquilo y oculto  
 Su triste vida pasaba,  
 Lamentando en su impotencia  
 La esclavitud de la patria  
 Que renunciando á la lucha  
 Renunciaba á la esperanza;  
 Cuando una mañana, á la hora  
 Que el último sueño marca,  
 Despertó oyendo á lo lejos  
 Un ruido confuso de armas;  
 Y adivinando al instante  
 La suerte que le amagaba,  
 Baja del lecho, al influjo  
 De una decisión extraña;  
 Besa en los labios á su hijo,  
 Besa en la frente á su amada,  
 Clava los ojos ardientes  
 En la entreabierta ventana,  
 Y al ver por sus enemigos  
 Ya casi envuelta su casa,  
 Salta á las rocas y entre ellos  
 Se escapa por la montaña.

## II

Aún no se alzaba del todo  
 La niebla de la mañana  
 Y aún no acertaban á darse  
 Cuenta de tamaña audacia  
 Los sitiadores furiosos  
 Que sorprenderle esperaban,  
 Cuando al galope y bajando  
 Camino de la cañada,  
 Vieron venir á lo lejos  
 Un grupo de gente armada,  
 Compuesta de ocho jinetes

Y el hombre que los mandaba,  
 En mayor número que ellos  
 Y con superiores armas,  
 Seguros de la victoria  
 Fácil que se les aguarda.  
 Todos empuñan las riendas,  
 Todos afirman la lanza,  
 Todos ven al enemigo,  
 Todos miden la distancia,  
 Y en silencio, y todos ellos,  
 Prontos á ponerse en marcha,  
 Sólo esperan á que llegue  
 L' hora de entrar en batalla.  
 Los insurgentes en tanto  
 Viendo las huestes contrarias,  
 Más de coraje l' encienden  
 Y más de amor l' entusiasman,  
 Y ansiosos de dar su sangre  
 Por la salud de la patria,  
 Sobre el caballo se inclinan,  
 La floja rienda adelantan;  
 Y fijos los barboquejos  
 Y el sombrero hacia la espalda,  
 Entre la niebla y el polvo  
 Corren, y vuelan y avanzan,  
 Siguiendo entre los peñascos  
 Al hombre de la cañada.  
 Y ya los de Bustamante (\*)  
 Su primer paso avanzaban,  
 Anhelando en su impaciencia  
 Cómo acortar la distancia  
 Que la interpuesta colina  
 Con un recodo aumentaba;  
 Cuando de pie en lo más alto  
 De las rocas escarpadas,

(\*) El General Don Anastasio Bustamante, Presidente de la República, y que en su juventud militó en el ejército realista.

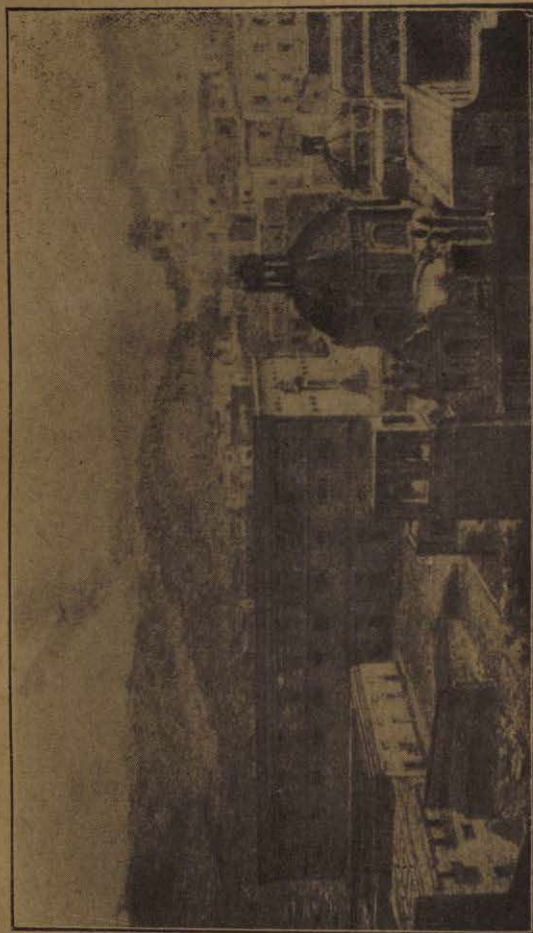
Vieron alzarse á un jinete  
 Que con voz sonora y clara,  
 —“Yo soy el Giro—les dijo:  
 —Si al Giro es á quien aguardan;  
 Y el que lo busque, que venga  
 Si tiene honor y tiene alma,  
 Que á todos espera el Giro,  
 Frente á frente y cara á cara.”—  
 Dijo: y los fieros dragones  
 Al grito de “Viva España”  
 Como un solo hombre treparon  
 Hasta donde el Giro estaba,  
 Dispuesto como los suyos  
 A sucumbir por la patria...  
 Y fué la lucha, y terribles  
 Al dar la espantosa carga,  
 Insurgentes y realistas,  
 Ardiendo en cólera y rabia  
 Se entremezclaron sedientos  
 De victoria y de matanza.....  
 Quiso la triste fortuna  
 Favorecer á la España.  
 El brillo de sus fulgores  
 Negándole á nuestras armas,  
 Que ya de los insurgentes  
 Uno tan solo quedaba  
 A caballo todavía,  
 Pero ya herido y sin armas.  
 Era el Giro, que entre doce  
 Dragones que le rodeaban,  
 Sin rendirse al desaliento  
 Ni inclinarse á la desgracia,  
 Luchaba y arremetía  
 Contra el que más se acercaba,  
 Convirtiendo á su caballo  
 A un tiempo en escudo y arma.  
 Por fin, un brazo atrevido  
 Clavó en su pecho una lanza,  
 Perder haciéndole el poco

Aliento que le quedaba;  
 Pero él, aunque ya en el suelo,  
 Con fuerzas siempre y con alma,  
 Coge la lanza, del pecho  
 Sin vacilar se l'arranca,  
 Y estremecido y al grito  
 De independencía y de patria,  
 De pie sobre los peñascos  
 A sus contrarios aguarda;  
 Y después de herir á todos  
 Los que acercársele ensayan,  
 Hace huir á los restantes  
 Que ante heroicidad tamaña  
 Se alejan y desde lejos  
 Lo rematan á pedradas.

## III

Mártir que toda tu sangre  
 Supiste dar por la patria;  
 Tú, de los desconocidos  
 Que murieron por salvarla,  
 Gracias por tu fortaleza,  
 Por tu sacrificio, gracias.

MANUEL ACUÑA.



Granaditas.